

Hacía años que mi amiga me insistía en que debía ir a Lourdes, me decía que era algo especial y que sabía que me iba a gustar. Por problemas laborales para poder conseguir esos días libres siempre me decía que a ver si podía al año siguiente; y así pasaron varios años. Pero en febrero de 2014 comencé a sentir en mi interior la necesidad de ir a Lourdes, y solicité quince días de vacaciones para poder ir los cinco días de peregrinación.

Me lancé sin saber exactamente como era la peregrinación, pero algo en mi interior me empujaba a ir.

Cuando llegó el día de iniciar el viaje, llegué a la explanada de La Torre de Hércules y mi asombro fue mayúsculo: tantas personas con una enorme alegría e ilusión, era impresionante. Entonces me pregunté: ¿Qué hago yo aquí?. Al momento de hacerme esa pregunta observo que una persona estaba intentando subir a un autobús, pero necesitaba ayuda, y me dirigí hacia ella y le ofrecí mi mano, se apoyó y consiguió subir. Esa era la respuesta a mi pregunta: ayudar a los demás. Estaba allí para ayudar a los demás pero lo que yo no sabía, ilusa de mí, es que eran los demás los que me iban ayudar a mí.

A partir de ese momento comenzaron a ocurrirme cosas maravillosas e increíbles.

Una de ellas fue mi experiencia en las piscinas. Le pregunté a varias personas cómo era la experiencia en las piscinas pero ninguna de ellas había ido, llevaban varias peregrinaciones pero nunca habían acudido a las piscinas, les pregunté por qué y unas respondieron que les daba miedo, otras que no estaban preparadas y otras no sabían por qué.

Llegó el día de ir a las piscinas y cuando me preguntaron respondí que si sin dudar, era mi interior el que respondía, y quería acudir con un enfermo. Y así fue.

Allí estaba yo, tirando de un carro con una enferma, pese a tener una lesión en una muñeca que me producía un importante dolor.

Cuando estábamos llegando ella comenzó a llorar, paré el carro y le pregunté que le sucedía, no podía parar de llorar, sentí que estaba nerviosa y asustada, la abracé y entonces ella me susurró al oído: "No me dejes sola ". De mi boca salió la frase: "Yo voy a estar a tú lado, pero no estamos solas Ella está con nosotras". No había pensado la frase, salió de mi interior, sentía algo extraño, diferente, no sabía definir lo que era, tenía la sensación de que alguien estaba a nuestro lado, acompañándonos y ayudándonos. Era Ella, Nuestra Señora de Lourdes.

Cuando entramos nos separaron, y comenzaron a ayudarla a desvestirse, ella asomaba su cabeza entre las personas que la rodeaban y me buscaba con la mirada, yo le sonreía y entonces cambiaba la expresión de su rostro: mostraba paz y tranquilidad.

Pero era la mirada de la enferma la que me daba paz a mí, me transmitía serenidad y tranquilidad. ¿Quién era la enferma y quién el médico?. Las dos éramos iguales, absolutamente iguales, dos criaturas mostrando nuestra verdad ante Dios, dos hermanas ante el Padre.

Cuando pasé al momento del baño, entré en la piscina, miré la imagen de la Virgen y le di las gracias: gracias por permitirme estar viva, gracias por permitirme estar allí, gracias por haber permitido que esa enferma me llevase a las piscinas,...

La sensación del agua en mi cuerpo fue algo muy agradable y reconfortante, difícil de explicar, sentía paz, emoción, tranquilidad, alegría en el corazón,.....

Al salir mi enferma me esperaba, le di las gracias, un beso y un fuerte abrazo. Ella me había ayudado a sentir la humildad, la Fe, la ayuda a los demás, el servicio. Mi enferma me había salvado.

Volvíamos las dos sonriendo, tranquilas, relajadas, nos mirábamos y nuestros ojos sonreían, nuestras almas sonreían.

Ha sido una experiencia única en mi vida, especial y maravillosa.

Quiero dar las gracias a todas las personas que fueron a la Peregrinación del 2014, porque me han ayudado muchísimo en mi vida, y sobre todo a ellos, a los enfermos que me han hecho ver que todos necesitamos curación, no sólo del cuerpo sino del alma.

GRACIAS.

MARÍA DEL CARMEN ANTAS RAMOS.

Médico.